

LA MISCELÁNEA ANTÁRTICA
Y EL ORIGEN DE LOS PUEBLOS DEL
CONTINENTE AMERICANO

ISAÍAS LERNER
(Graduate Center,
City University of New York)

Muchas gracias por esta invitación a hablar en la vigésimo novena edición del Seminario Internacional *Edad de Oro*. El nombre del tema elegido para el seminario en esta oportunidad se presta a saludable debate y no voy a entrar en ello; es obvio, sin embargo, que literatura y experiencia de vida tanto como literatura y temática, o literatura y lugar de la escritura (prefiero dejar descansar y no abusar del término *cartografía* de moda en las temporadas últimas) entraron en consideración cuando la dirección tomó la iniciativa y es obvio también que por literatura se entiende texto escrito u originariamente oral pero conservado en forma escrita. Todo esto me permite desarrollar mi comunicación sin sentirme invasor de territorios académicos bien definidos para mal, más que para bien, de los estudios literarios.

El texto de Cabello Valboa, clérigo con buena formación teológica e investigador curioso nacido en Archidona, Málaga, sobre el que estoy trabajando hace tiempo y del que preparo en estos momentos una edición anotada y de variantes manuscritas, se ajusta entonces a la propuesta de este Seminario. En efecto, fue escrita la *Miscelánea antártica* en el continente americano, probablemente en Quito, trata un tema imposible de concebir antes de 1492 y se ajusta a las características más notables, a mi parecer, de la tradición inicial de los textos

escritos en castellano en América durante los siglos XVI y XVII, la Edad de Oro. Quiero decir que no vacila en ofrecer una mezcla de géneros que en Europa se consideraban independientes como son la historia y el relato novelesco en sus diversas formas: pastoril o caballeresco. Y aun dentro de la historia, los textos americanos de los dos primeros siglos de presencia europea se apoyan más frecuentemente en el relato oral de testigos no necesariamente fiables o presenciales, en la diversidad de la información geográfica sobre vastos territorios generalmente desconocidos por el autor y en la casi contemporaneidad de los hechos que se narran. El autor, sin embargo, se habría sorprendido de que considerara su texto como parte de la «literatura hispanoamericana». Como le habría sorprendido a Pedro Mexía ver que su *Silva de varia lección* se halla entre los títulos que Menéndez Pelayo consideró necesario incluir en su *Orígenes de la novela*. Todo esto tiene que ver con la inevitable decadencia de la información que ofrecían las misceláneas entonces y las enciclopedias, sus herederas, hoy. Lo que es dato indiscutible y autorizado en un tiempo, pasa a ser, obligatoriamente, fantasía o invención equivocada siglos más tarde.

Cabello Valboa escribió su libro en la segunda mitad del siglo XVI y a lo largo de un decenio; los dos manuscritos que existen de su obra llevan en el título la fecha de su conclusión: 1586. Ambos se encuentran en bibliotecas estadounidenses. El original, o copia apógrafa con correcciones y firma del autor, está en la biblioteca de la Universidad de Texas en Austin y una copia posterior en la Biblioteca Pública de New York. El original perteneció a la biblioteca del Conde Duque de Olivares, como ya señalaba Antonio de León Pinelo en 1629: «Miguel Cabello de Balboa, Presbitero. Miscelanea antartica, i origen de los Indios, i de los Incas del Perú. M. S. Hallase en la Biblioteca del Excelentísimo Conde Duque»¹.

A pesar de esta importante mención en la parte correspondiente a historias del Perú, el manuscrito permaneció inédito hasta el siglo XIX cuando una versión abreviada y traducida al francés de la Tercera Parte apareció en la colección de viajes y relaciones que editó el estudioso francés Henri Ternaux-Compans². Habrá que esperar hasta 1945 para la edición del texto completo, publicada por el erudito ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño que no he podido consultar pues ha sido de escasa difusión fuera de Ecuador. En 1951 el Instituto de Etnología de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, Perú, publicó una nueva edición con muy valioso Prólogo de Luis E. Valcárcel, notas e índices. Ambas ediciones utilizan como base el manuscrito de New York y

¹ «El "Épitome" de León Pinelo, Primera Bibliografía del Nuevo Mundo», Washington: Unión Panamericana, 1958. Ed. facsimilar. Estudio Preliminar de A. Millares Carlo, pág. 103.

² H. Ternaux-Compans, *Voyages, relations et memoires sur l'Amérique*, Paris, 1837-1841, vol. XV; cfr. Joaquín García Icazbalceta, *Obras. Biografías IV*, México: V. Agüeros, 1899, 343.

dice la de Lima haber consultado el manuscrito de Texas pero, en realidad, la edición del Instituto de Etnología ofrece una transcripción del manuscrito de New York y ésta no es siempre fiable. Por otra parte, las notas son muy escasas y su valor es relativo.³

Esta heterodoxa miscelánea titulada *Miscelánea antártica* y la primera de tema americano, sigue siendo bastante poco conocida a pesar de su notable interés. Precisamente fue su carácter híbrido lo que me llamó la atención, ya desde su título. Por un lado, Cabello Valboa estudia el origen de la población de las nuevas tierras; por el otro ofrece una historia del Perú bajo los últimos Incas, desde Tupac Inca Yupanqui y de las guerras por el poder previas a la llegada de los españoles. Además, añade un relato de amores en tiempo de guerra que estructura con recursos provenientes de los relatos pastoriles para poder incluir elementos de la naturaleza americana. Cabello Valboa puede introducir así en el texto un componente novelístico según se entendía el término novela en la época.

El título, pues, corresponde ampliamente al contenido; la palabra *miscelánea* tomada directamente del latín en su significado de ‘mezcla de escritos’ delataba una voluntad erudita y humanista que, en efecto, se comprueba constantemente en la lectura atenta del texto. La palabra era poco frecuente y CORDE registra un solo ejemplo previo al de Cabello Valboa; se trata del *Endecálogo contra Antoniana Margarita* de Francisco de Sosa de 1556 editado por Pedro Cátedra en 1994. La palabra *miscelánea* sigue siendo un cultismo hasta hoy, con muy escaso uso fuera del ambiente universitario.⁴ También es cultismo latinizante *antártica* que en el sentido de ‘perteneciente al hemisferio sur’ ya aparece en la Primera Parte de *La Araucana* de 1569 y en *La Galatea* de Cervantes, buen lector de poesía épica y, especialmente, del poema de Ercilla. Lo cierto es que, en general, las primeras apariciones de la palabra, en su variante plural y femenina, se registran en textos poéticos. Todo ello indica claramente la intención cultista de Cabello Valboa y el lector o receptor para quien escribe el libro.

Que este tipo de escrito se aplicara a América le confería particular novedad y era ejemplo claro de la doble corriente de influencias culturales que había originado el viaje de Colón. Si Europa se verá afectada de modo profundo por el descubrimiento de un continente desconocido para sus habitantes, América, al descubrir a los europeos, no quedará menos afectada en todos los aspectos de

³ Cfr. Raúl Porras Barrenechea, *Los Cronistas del Perú (1528-1650)*, Lima: San Martín y Cía., 1962, 361 para los manuscritos y ediciones.

⁴ Cfr. I. Lerner, «Misceláneas y poliantes del siglo de oro español», eds. J. Matas Caballero et alii, *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, León: Universidad de León, 1998, II, págs. 70-82. Para un estudio de conjunto véase Asunción Rallo Gruss, «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», *Edad de oro*, III (1984), págs. 159-180.

su sociedad y, no necesito aclararlo, de modo más radical, por lo menos hasta el siglo XIX, cuando los territorios americanos se constituyen en naciones-estados independientes.

En esta ocasión me importa destacar cómo el saber europeo apoyado en más de dos milenios de escritura conservada, propone una particular manera de entender el pasado americano y de explicar su presente. A ello contribuyeron los textos misceláneos de la antigüedad y de la temprana edad moderna de modo, a mi parecer, sumamente importante. En efecto, la edición de los clásicos griegos y latinos impulsada por los humanistas a partir del siglo XV hizo más accesible la lectura de autores como Plinio y Plutarco que están siempre presentes, y de modo abundante, en las misceláneas que se escribieron durante el humanismo. Su más importante representante español fue la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía que, conviene no olvidarlo, fue el primer texto misceláneo modelado sobre los clásicos del mundo antiguo pero escrito en lengua moderna, ya que, como es sabido, estas tempranas enciclopedias del Renacimiento se escribieron, hasta Mexía, en latín; hoy están bastante olvidadas y no han sido reeditadas en su mayoría. La *Silva*, en cambio, logró un notable éxito editorial; fue traducida al francés, al italiano, al inglés y al latín, entre otras lenguas, y reeditada frecuentemente hasta el siglo XVIII.⁵ Nuestro presbítero aprovechó muy bien su lectura, como es fácil demostrar cuando se comparan temas y fuentes de información eruditas en ambos textos.⁶

Los conocimientos y las ideas del mundo clásico, con su inmenso valor de autoridad, las novedades del desconocido continente americano que cuestionaban esa misma autoridad de modo difícil de refutar porque se basaban en la experiencia personal contemporánea y la necesidad de incorporar este mundo nuevo a la tradición judeo-cristiana, obligaron a Cabello Valboa a recurrir también a los padres de la Iglesia de modo que el saber de las culturas occidentales fue puesto al servicio de la comprensión de este verdadero mundo nuevo para la mentalidad europea. Este esfuerzo de acomodamiento y adaptación es otro de los atractivos que ofrece la obra de nuestro autor.

Así, pues, contra la muy autorizadas opiniones de García Icazbalceta, de Ternaux-Compans y aún la de Porras Barrenchea que menciona exclusivamente los acontecimientos del incario relatados por Cabello Valboa, no creo que sea la Tercera Parte de esta *Miscelánea*, que trata del Perú antiguo, «la más interesante». También es interesante para el estudioso de la difusión cultural en el período colonial, y en muy alto grado, el uso de ideas y actitudes ante la historia

⁵ Para la difusión europea de la *Silva*, véase la «Introducción» de Antonio Castro a su edición de la *Silva*, Madrid: Cátedra, 1989, págs. 52-59.

⁶ Cfr. I. Lerner «Las misceláneas renacentistas y el mundo colonial americano», *Lexis*, Homenaje a José Luis Rivarola, XXVII, 1-2 (2003), Lima, págs. 217-232.

conformadoras del mundo europeo del *xvi* que sirven de fundamento y apoyo para la elaboración de una teoría sobre el origen de los habitantes primitivos de América.

Este esfuerzo por explicar cómo se entendió el conocimiento de las tierras nuevas y cómo se realizó su incorporación a la narración histórica confiere importancia a los estudios transatlánticos que esta edición de *Edad de oro*, entre otras cosas, propone explorar.

En este sentido, la figura de Benedicto Arias Montano cumple un papel de especial interés. En efecto, la *Biblia Políglota* de Amberes le servirá de base a Cabello Valboa para ofrecer su teoría del origen de las poblaciones americanas. Él mismo lo declara en el prólogo «a el pío y curioso lector»:

En la Cibdad de los reies el año de 82 conferi ansi mesmo esta materia con el mui Ille. Caballero Dr. Don Diego Lopez de Zuñiga, Alcalde de Corte en aquella cibdad y no desagradándole mi opinión en aqueste caso me dio por aviso, que sin ver primero lo que el Dr. Benedicto Arias Montano trataua acerca desta materia, en el primer volumen de el aparato de la Sacra Biblia Real, no procediese con mis escriptos adelante. Y admitiendo y poniendo por obra este tan sano consejo procuré con instancia ver este paso en el lugar dicho; y habiéndolo hallado, leído y releído entendí clara y abiertamente dar el claríssimo Doctor Montano a estos indios el mismo origen que yo les habia imaginado y que hacía padre de estos linages a el patriarca Ophir (pág. 7)

Cualquier lector actual se sentirá sorprendido al descubrir que, a menos de diez años de la publicación de la *Biblia Políglota* de Amberes (1568-1572), sus ocho tomos se hallaban en América, por lo menos en Lima o en Quito y se tenía noticia, en los círculos del poder, de su presencia. Los ocho tomos en folio, una de las obras más bellamente impresas del *xvi*, no tuvieron, pues, que pasar inadvertidos y cabe preguntarse quién ordenó esta lujosa compra o en qué biblioteca conventual o nacional de América podrían hallarse todavía. El estudio de las bibliotecas coloniales de América, especialmente las que se conservan aún en conventos, es, para usar el españolismo, una «asignatura pendiente».

En todo caso, la lectura que hace Cabello Valboa de la *Biblia* de Amberes desde el territorio americano adquiere un significado distinto del que propuso su extremeño editor y comentarista. En efecto, las ideas y los propósitos de un autor no permanecen inmutables cuando cambia su perspectiva geográfica. Las lecturas y las preocupaciones intelectuales de receptores diferentes modifican radicalmente el significado de los textos toda vez que cambia el lugar desde donde se leen, aun los que parecen trasladar la palabra de Dios.

En este proceso, la notable labor escrituraria de Benedicto Arias Montano merece una revisión. En efecto, la *Políglota* de Amberes o *Políglota Real* es

uno de los monumentos filológicos más importantes del humanismo y, al mismo tiempo, ejemplo de las relaciones ambiguas entre el poder político, el estudio y el poder teológico, si así podemos llamar a las tres fuerzas sociales que confluieron en esta empresa editorial.

Al buscar el editor Plantino de Amberes apoyo económico real para una nueva Biblia políglota que reemplazara la *Complutense* del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1514-1517), Felipe II decide solventar los gastos de la empresa y envía a Benedicto Arias Montano como coordinador y supervisor de la impresión, para la que Plantino ya había reunido un notable grupo de estudiosos de las lenguas clásicas y antiguas a cuyo cargo corrió la escrupulosa revisión y corrección de las versiones en hebreo, griego, latín, caldeo y siríaco.

Arias Montano, probablemente el más importante biblista de España y discípulo en Alcalá de Henares de autoridades como Cipriano de Huerga precisamente en los estudios de la Biblia, y el canciller Luis de la Cadena⁷, había sido nombrado capellán del rey a la vuelta de su intervención en el Concilio de Trento; gozaba de la confianza del soberano y, sin duda, el monarca aprobaba y reconocía el saber y la erudita formación de su capellán. La idea de solicitar subvención para imprimir una nueva políglota tenía sus problemas pues mientras que la *Complutense* fue obra de la voluntad y los recursos del cardenal, la de Amberes estuvo sujeta, precisamente por esa dependencia del poder real, es decir político, a presiones no necesariamente intelectuales y filológicas sino estratégicas e ideológicas. Y dentro de ellas, no era menor la presión eclesiástica conservadora, opuesta, como era de esperar, a todo tipo de revisión, cambio o renovación en el estudio del texto sagrado. De hecho, la empresa renovarí­a la controversia que los estudios filológicos del humanismo crearan a propósito de la traducción latina hecha por San Jerónimo del texto griego y la presión papal para que no se la modificara.⁸

En otras palabras, el debate de ramificaciones teológicas y políticas se dio a propósito del principio de inalterable autoridad de la *Vulgata* frente a los avances de la investigación filológica sobre la pureza textual de los clásicos y la Biblia. En todo caso, y siguiendo el modelo de los humanistas, las investigaciones sobre el texto bíblico debían prestar necesariamente nueva atención a las versiones en las lenguas originales: el hebreo para el Pentateuco, el arameo o caldeo del Pentateuco, la traducción de los setenta al griego del Pentateuco y el griego del

⁷ Vid. Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, México: FCE, II, págs. 356-361. Cfr. el Libro Primero, vv. 181-190 de los *Rhetoricorum Libri Quattuor* de Arias Montano, pág. 16 de la edición y traducción de M.^a V. Pérez Custodio, Badajoz: Diputación provincial y Universidad de Cádiz, 1995.

⁸ Vid. Baldomero Macías Rosendo, *La Biblia Políglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano (Ms. Estoc. A 902)*, Huelva: Universidad de Huelva, 1998, XV a cuya excelente «Introducción» mucho debe este trabajo.

Nuevo Testamento, así como también el texto sirio. Tampoco la *Vulgata* estaba libre de variantes y, de hecho, en 1574 Arias Montano publicaría, en colaboración con teólogos de Lovaina, una edición de la *Vulgata* con correcciones basadas en el examen de numerosas versiones con el nombre de *Biblia Sacra*⁹.

A los que nos interesamos por estos problemas de modo muy lateral, como parte importante del panorama intelectual y artístico de la Edad de Oro y no como especialistas en cuestiones bíblicas o teológicas, no deja de sorprendernos el interés de Felipe II por la empresa de una nueva Biblia Políglota. ¿Es necesario, entonces, comenzar a imaginar a Felipe II hebraísta? ¿Interesado en cuestiones filológicas? ¿Estos problemas serían parte de las conversaciones con su capellán?

Como quiera que sea, no cabe dudar de la genuina simpatía del monarca por Arias Montano, al que también encargó la compra de libros para su biblioteca de El Escorial y el ordenamiento de la misma a su vuelta de Flandes. Felipe II siguió apoyando a Arias Montano a pesar de las sospechas que en Roma despertaron las nuevas traducciones y los tratados del propio Arias Montano impresos en el octavo tomo. No hay que olvidar, para poder entender esta cuestión, que Arias Montano defendió, frente al modelo de la Iglesia que exigía la obediencia del poder temporal al poder eclesiástico, un modelo político que suponía la función de absoluta independencia del poder temporal. En esto, como ha demostrado José Luis Sánchez Lora, Arias Montano se situaba, junto con Justo Lipsio y Jean Bodin, cercano a las teorías modernas del estado y a su función tutelar sobre el poder religioso.¹⁰ Todo esto debe haber complacido especialmente a Felipe II.

Pero volvamos a la Biblia; finalmente, Arias Montano debió viajar a Roma para despejar dudas y, luego de la muerte de Pío V, el nuevo papa Gregorio XIII dio su aprobación. A pesar de ello y de la impresión de los ocho tomos, la oposición a la nueva Políglota continuó con vehemencia por parte de elementos ultra-conservadores de la Iglesia.

¿Cómo se explica, pues, que resultara este texto de consulta obligada en el caso de la escritura de un tratado sobre el origen de los habitantes primitivos de América? ¿Por qué era importante que Cabello Valboa leyera los estudios de Arias Montano? ¿Por qué, a pesar de la consideración del texto de la traducción de San Jerónimo como el único autorizado por la ortodoxia de la

⁹ Cfr. Macías Rosendo, *op. cit.*, XIV.

¹⁰ Cfr. José Luis Sánchez Lora, *Arias Montano y el pensamiento político en la corte de Felipe II*, Huelva: Universidad de Huelva, 2008 y ya, del mismo autor, «El pensamiento político de Benito Arias Montano» en *Anatomía del Humanismo. Benito Arias Montano 1598-1998. Homenaje al P. Melquiades Andrés*, ed. L. Gómez Canseco, Huelva: Universidad de Huelva, 1998, págs. 149-179. Vid. también Fernando Bouza, «De política y tipografía. En torno a Felipe II y los Países Bajos» en *Cristobal Plantino. Un siglo de intercambios culturales entre Amberes y Madrid*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 1995, págs. 31-52.

Contrarreforma el eclesiástico Cabello Valboa siente que tiene que volver al original hebreo?

La respuesta tiene que ver con la teoría Ophirita acerca del origen de los pobladores del continente americano. En efecto, desde Cristóbal Colón se trató de relacionar el territorio nuevo con el Ophir bíblico desde donde venía el oro y marfil encargado por el rey Salomón. Colón identificó en un principio Ophir con la isla que llamó Española ya en una nota en italiano del *Libro de las Profeías* y en carta al papa Alejandro VI fechada en febrero de 1502: «Esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ophir y Ophaz e Çipanga, y nos le havemos llamado Española».¹¹ Por cierto, desde Pedro Mártir esta identificación se había puesto en duda¹² pero la ubicación de Ophir en el territorio americano cobró nuevo impulso con los tratados de Arias Montano. Por lo demás, a finales del siglo XVI esta identificación fue nuevamente cuestionada por el padre José de Acosta¹³. De ello nada dice Fernando Colón en la biografía del almirante, escrita alrededor de 1538 porque está directa y profundamente interesado en desmentir las teorías que negaban a su padre el honor de haber descubierto las nuevas tierras.¹⁴ Por ello se opone a la propuesta de Gonzalo Fernández de Oviedo que, como hombre de la primera mitad del XVI, estaba dispuesto a defender los derechos de España sobre América contra los que, como el humanista Lucio Marineo Sículo, daban esa prioridad a los romanos. En efecto, Oviedo hace retroceder su descubrimiento a Hespero «que fue duodécimo rey España en el año seiscientos e cincuenta y ocho años después del diluvio» apoyándose en fuentes de dudosa credibilidad, particularmente el falso Beroso de Juan Anio.¹⁵

Cabello Valboa, por su parte, necesitaba el apoyo de la erudición de los mejores humanistas de su tiempo para confirmar lo que la experiencia de su vida en América le había permitido imaginar: que los primitivos habitantes de América habrían llegado por tierra y cortas navegaciones entre islas desde el norte del continente; es decir, lo que hoy conocemos por Alaska. Pero no bastaba imaginarlo: era necesario compaginar esta teoría con los escritos canónicos que regían la visión providencialista de la historia. Para ello, la autoridad de la Biblia era incuestionable.

¹¹ Cfr. Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, Madrid: Alianza, 1984, págs. 14 y 311.

¹² Cfr. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Bajel, 1944, según la primera edición española de 1892 traducida por J. Torres Asensio, I, 4. Cfr. Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México: FCE, 1978, págs. 78.

¹³ Cfr. *Historia natural y moral de las Indias*, I, cap. 13, págs. 22-23.

¹⁴ Vid. Fernando Colón, *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, Buenos Aires: Bajel, 1944, cap. VIII.

¹⁵ G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Segunda Parte, L. X, cap. 30 (III, 330b). Vid. también Primera parte, Libro II, cap. 3 (I, pág. 19) para Beroso y la nota de Juan Pérez de Tudela Bueso, que señala a través de Amador de los Ríos las tempranas objeciones del padre Mariana y de Antonio de Herrera.

La de Amberes, con los tratados de Arias Montano, satisfacía esta necesidad. El cuarto tratado del octavo volumen lo dedica nuestro bibliista a la explicación de los lugares y asentamientos de pueblos que aparecen en *Genesis*, particularmente en el capítulo 10 acerca de las generaciones de los tres hijos de Noé: Sem, Cham y Iaphet, en la transliteración de la *Vulgata* actual. En el versículo 25 aparecen los nombres de los dos hijos de Heber: Phaleg y Iectan en cuyos días, como se lee en el texto de *Genesis*, «se dividió la tierra». Precisamente, el nombre del tratado es *Phaleg sive de gentium sedibus primis orbisque terrae situ liber*. En el versículo 29 de ese mismo capítulo 10 del *Genesis*, la Biblia menciona los nombres de los tres últimos hijos de Iectan: Ophir, Hevila y Iobab y a continuación los lugares de sus asentamientos: «y sus asentamientos fueron desde Mesha hasta Sephar, una montaña al este».

Sobre estos versículos, a partir de las explicaciones del tratado de Arias Montano, construye Cabello Valboa su propuesta en la que identifica a los primeros pobladores de América con los nietos de Noé, y cito del capítulo 3 de la Segunda Parte de la *Miscelánea Antártica*:

Messá, como queda visto según Estefano, es una cordillera o ramo de los dichos montes Cáucos, a quien los naturales llaman Dalanguer, que buscando el mar va a descabezar en él en aquella parte que llaman seno Árabe. Y corriendo al mismo oriente señala y termina el sagrado texto la posesión y heredad de n[uest]ro Ophir.

Sephar, aunque el tiempo, por falta de letras, lo haya tenido oculto a tantos y tan graves varones, con sus largos discursos ha venido a dárnoslo conocido, porque el doctor Arias Montano, aventajado especulador de antigüedades hebreas, nos dice y muestra muy claro y con indubitable evidencia, ser la famosa cordillera, que naciendo debajo el Polo Antártico y comenzando a correr desde cincuenta y dos grados y medio de altura, va buscando el otro polo con altísimas y elevadas cumbres, atravesando los famosos reinos de Pirú. Esta cordillera es la que llaman los habitadores destos reinos los Andes, de cuya magnitud y estrañeza se hará adelante mención en particular (págs. 65-66)

Para los estudiosos del humanismo, asimilar las sorprendentes riquezas minerales de América con los lugares de donde el rey Salomón traía el oro para el templo de Jerusalem debió parecer irresistible. Lo fue para Arias Montano quien, en un esfuerzo etimológico que hoy no deja de sorprendernos asimiló el plural del topónimo bíblico elegido con la abundancia de oro no solamente del Perú sino también de México. Pero antes de ello, era necesario relativizar el criterio de autoridad de las fuentes clásicas greco-latinas pues su desconocimiento del texto sagrado les impedía la mención de esta extensa parte del mundo. La disputa de antiguos y modernos adquiere, así, una nueva formulación. Cito la

traducción que hace Cabello Valboa del texto de Arias Montano en el capítulo arriba mencionado:

No debemos pasar en silencio aquella anchísima y estendida parte de la redondez de la tierra, la cual sin dubda abunda maravillosamente de oro, plata y piedras preciosas, y de las demás cosas que en supremo grado son estimadas de los hombres, y de todas aquellas que para sustentación de la vida son necesarias; la cual se cree haber sido poco tiempo ha, y primero, hallada de los navegantes españoles, a quien llamaron Nuevo Mundo. Más bien puede claramente ser tenida y conocida por aquella de que el sagrado texto hace relación en la descripción que de el mundo hace. Y por el consiguiente, del mismo texto sagrado podemos colegir haber sido la tierra de las Indias Occidentales manifiesta a los isrraelitas, porque claro consta haberla los hebreos frecuentado con sus navegaciones muchas veces. Y ni Solino, Strabón, Pomponio Mela, Stephano, Platón, Aristótiles, que como por enigmas disputaban de aquellas cosas que a ellos no les eran claras ni manifiestas, de esta tierra ni entendieron ni disputaron. Ni aun aquellos poetas, que parecía no ignorar cosa alguna ni secreto se escapaba que de sus fábulas no fuese tocado, no hicieron mención, ni aun por sospecha, de esta parte de tierra. Y finalmente, ninguno de los escritores griegos ni latinos cuyos escritos aún han permanecido hasta nuestra edad, no han sacado a luz cosa que de esta región trate (págs. 66-67)

Pero no basta con la navegación hacia tierras desconocidas hasta entonces. Es asimismo importante utilizar de los criterios modernos de comprensión de las Escrituras para entender cabalmente el significado de los lugares que allí se mencionan; continúa Arias Montano en la traducción de nuestro autor:

Empero, si con diligencia se examina cuál tierra ésta sea en las letras hebraicas, se podrá muy bien conferir y comparar con lo que Moysén dejó escrito clarísimamente de la tierra de Ophir; o con lo que Jonatas, propheta, escritor y coronista de los reyes de Judá, copiosa y ampliamente manifestó. Y también se puede comprobar con aquellas cosas que nos quedaron escritas con sabias y discretas palabras por aquel que, dictando el Spír[itu] Sancto, escribió el Paralipómenon. Porque éste no sólo hace mención muy clara de la armada y flota hecha por Salomón junto a la ciudad de Tiro, y de la otra bastecida y acabada en aquel puerto del Mar Bermejo llamado Ghasió Gáber y llevada hacia el oriente, mas también la hace del tiempo y tardanza de esta navegación, y de las ínsulas y cosas dellas, y de las playas y riberas que dejaban a las espaldas, siendo llevados por los vientos aún más adelante. Y también de aquella tierra, de donde tanta copia de oro se traía en aquel tiempo

llamado פְּרִיִּים que quiere decir Parbaím, según esta letra nos enseña, la cual dición da a entender a los que saben la lengua hebrea haber dos regiones Pirú, antiguamente llamadas. Y una de ellas en nuestros tiempos retiene este nombre, Pirú; y la otra es la Nueva España, el oro de las cuales es purísimo y consta haber sido estimado en gran precio de todas las gentes. Mas el intérprete del sagrado texto, ora sea por serle innota esta región, ora que la excelencia de el oro lo llevó a que en su alabanza estendiese la pluma, es cierto que donde debía decir Vehazahab zahab Parvaím¹⁶, que traducido de hebreo en español dice estas palabras: «el oro que de aquella tierra se traía era oro del uno y otro Pirú»; y el intérprete tradujo «el oro de aquella tierra era probatísimo».¹⁷

Esta interpretación del Pasaje de *2Paralipómenon*, 3,6 sitúa las tierras de América en el lugar adecuado según el plan divino que dirige la historia. El texto bíblico en el libro de *Genesis* señalaba estas tierras como las que correspondieron a los descendientes de uno de los nietos de Noé; por otra parte, según esta lectura, los libros de *Paralipómenos* o *Crónicas* atestiguan su presencia durante los tiempos del rey Salomón en las menciones del oro necesario para la construcción del templo de Jerusalem. Hoy sigue siendo interpretación no aceptable para la *Vulgata* y traducciones a lenguas modernas. El texto hebreo, por otra parte, no aclara qué país, región o lugar es *Parvaím*, lo que explica que Arias Montano, y los eruditos que colaboraron en la edición de Amberes, consideraran inadecuada la versión latina «Porro aurum erat probatissimum», que hoy aparece en el versículo 7 del capítulo 3 de *2Paralipomenon*. El encuentro con estas tierras nuevas y olvidadas de América permitía, finalmente, proponer un espacio concreto al topónimo desconocido.

Pero no solamente *Parvaím* hace referencia a las nuevas tierras descubiertas por los españoles. Arias Montano, consecuentemente, va a leer una mención a la cordillera de los Andes también en el texto sagrado. Así, en el capítulo 19 de la Segunda Parte de su *Miscelánea*, Cabello Valboa recuerda que, según nuestro biblista, *Sepher* corresponde a la cordillera de los Andes.¹⁸ Para la descripción

¹⁶ Transcribo el texto hebreo de *Paralipómenos* en caracteres latinos.

¹⁷ Cfr. Arias Montano, *Phaleg...*, A2^v. El texto aparece en uno de los tomos finales (séptimo u octavo, según la encuadernación de los ejemplares) de la *Biblia Sacra*, Antwerp, 1569-1572. La referencia a Ezion Gaber viene de I Reyes, IX, 28 en la *Biblia hebrea* o III Reyes, IX, 28 en la *Vulgata*.

¹⁸ Cfr. Arias Montano, *Phaleg...* antes citado, 12^v: *Vltra Ophir Iobab cossedit decimus tertius Iectan filius, qui procreatas a se gentes ad Sepher longissimi montis subiectos tractus emisit. Y más adelante (15^v) cuando define el monte Sepher: פְּרִיִּים Sepher mons Longissimus omniūmontium, qui actemus in orbe uisi sunt, a nostri ANDES dictus; in illa orbis parte adhuc manet urbs antiquissima IUKTAN quae nomen auctore illius gentis retinet. Para el significado del oro de Ophir, véase el excelente estudio de Giuliano Gliozzi, *Adamo e il nuovo mondo*, Firenze: La Nuova Italia, 1977, pág. 150 y sigs.*

general de la forma del continente Cabello Valboa recurre a la figura de «un corpulento y robusto gigante acostado en el mundo sobre sus pechos». En el capítulo citado, nuestro autor imagina la cabeza separada del cuerpo por el estrecho de Magallanes y así:

De este cerebro destroncado de su lugar, nace el grande y osudo espinazo, q[ue] con mal parejos ñudos va haciendo y formando la gran cordillera que el sagrado texto, según Montano, llama Sephar, y los nuestros Andes.

El manuscrito del texto de Cabello Valboa altera algo el hebreo bíblico pero la deuda con las interpretaciones de Arias Montano permanece intacta porque favorece el origen ophirita sostenido independientemente por nuestro erudito autor educado en la tradición eclesiástica y, al mismo tiempo, permite nuevas justificaciones para la continuidad que supone la obra de cristianización de los pobladores primitivos del continente.

Además, desde estas lecturas provistas de la mejor metodología de la erudición humanística, la llegada desde América de sorprendentes cantidades de metales y piedras preciosas no solamente causó dislocaciones económicas. De un modo fundamental, obligó a repensar, desde una perspectiva completamente inesperada, el origen del hombre, el origen y la formación de las nuevas sociedades y el sentido último de los textos fundadores del pensamiento occidental. En la corte de Felipe II y en su biblioteca de El Escorial, el papel universal del dominio hispánico sobre un territorio de vastedad nunca antes imaginada adquiría una confirmación que parecía irrefutable.